

45

seminaristas

en

pie

de

misión

José María Sánchez, C. M.

La misión de los dos éxitos

Todavía sigue vivo el recuerdo de la Misión rural dada por 45 seminaristas de los tres Seminarios mayores de Barquisimeto, Caracas y San Cristóbal, en la Parroquia de la Valvanera de El Tocuyo, durante la segunda quincena de agosto pasado. Por tanto, durante el período de las vacaciones, aprovechando así para una práctica más intensa del apostolado, este tiempo tan expuesto, por otra parte, al adormecimiento de esta idea de privilegio.

Fue la Misión de los dos éxitos que se esperaban, porque el Campo-Misión de El Tocuyo —con este nombre se designaron esos 15 días de quehacer misionero— se extendía en dos direcciones: hacia los seminaristas misioneros y hacia las almas. Eran los dos propósitos de la Misión.

Queríamos que los seminaristas adquiriesen experiencias apostólicas, conectando su apostolado con Dios mediante la oración y con los hombres mediante la evangelización. Puede suceder que en el Seminario pasen los años de formación de lado, sin mirar ese mundo de cristianos alma de carne y hueso, que Dios ha encomendado a nuestro ministerio. O que el seminarista no llegue a preguntarse si el cielo apostólico alienta toda su vida. Se necesitan experiencias de esta clase. Por otra parte, la parroquia escogida para el Campo-Misión pedía como otras tantas del agro venezolano una intensa campaña de evangelio.

Ya lo hemos dicho: quedémonos esperando el éxito en la dirección de los seminaristas y de los cristianos evangelizados. Aunque no hablemos de él y arriesgándonos a no verlo en nuestras medidas del tiempo y de la proporción, tengamos fe en la Palabra que sembramos, que el crecimiento lo dará Dios.

En una reunión de rectores

Una de las ponencias de la Reunión anual de Rectores de Seminarios urgió la necesidad de que las vacaciones de los seminaristas —sobre todo mayores— no constituyesen, una discontinuidad de la vida de seminario de inspiración esencialmente apostólica. Las vacaciones podían ser el mejor tiempo para un ejercicio más extenso y de más dedicación del ministerio sacerdotal. ¿Por qué no aprovechar las experiencias que en este sentido se habían realizado ya en Francia, España, Chile y otros países? Así surgió la idea de una misión dada por seminaristas mayores. Comenzó y ha seguido llamándose Campo-Misión, no sé si por distinguirla con este nombre de las misiones dadas por sacerdotes o por pensar que se realizaría según el plan que entraña la misma palabra; es decir, los seminaristas misioneros vivirían en un campamento cercano al lugar de la misión. No se hizo así porque no se contaba con medios suficientes y porque no se creyó ni conveniente ni necesario. En nuestro Campo-Misión los seminaristas vivieron en el corazón mismo del pueblo.

Cada año se encargaría un Seminario mayor de llevarlo a cabo. El primero, dado en agosto pasado, le correspondió al de Barquisimeto. En febrero, con seis meses de anticipación, se comenzó a preparar el Campo-Misión. Ante todo, era necesario haber vivido a los nuevos misioneros un primer momento de "entusiasmo apostólico". No porque estuvieran faltos de él, pero se necesitaba ponerlo a disposición de esta forma de apostolado. A este fin se programaron conferencias, diálogos, revisiones de vida, etc. Después llegaría el segundo momento de "organización detallada", estudiando la zona misional en su aspecto social, religioso, moral; programa de actividades, alojamiento, equipos misioneros... Por fin, en el tercer momento no nos restaba sino poner manos a la obra y lanzar de cabeza y corazón a nuestros muchachos al campo del apostolado, para que Dios les hiciese sentir todo el peso de las almas a ellos confiadas. Y que no faltase la oración. Se pidió a todos los Seminarios que pusiesen a sus se-

minaristas en pie de oración. Esta era la consigna: Campo-Misión hecho oración y oración hecha vida.

Lugar del Campo-Misión

El mismo señor Obispo lo escogió: la Parroquia de la Valvanera de El Tocuyo (Lara). Ofrecía condiciones inmejorables: eminentemente rural, con ciertas características de barrio obrero de ciudad en alguna zona. El campesino conserva, por lo general, más receptividad a la Palabra de Dios y acepta de buen grado la presencia del sacerdote o seminarista. Por ser la primera experiencia de este tipo no podíamos exponernos a trabajar en un ambiente cerrado a toda evangelización; el seminarista se habría decepcionado.

El estudio de la parroquia fue el primer paso intentado en la organización del Campo-Misión. Intentado nada más, porque no se llevó a efecto. Se hizo un esquema completísimo, que serviría de base, en el que se pedía el conocimiento del medio circundante, del medio escogido y del medio humano —población, vivienda, economía, cultura, práctica religiosa y otros factores negativos—. Este trabajo lo debían hacer los mismos seminaristas. Ello habría supuesto la suspensión de sus actividades escolares durante una semana del mes de marzo y su traslado al lugar de la Misión, conviviendo de antemano con quienes más tarde habrían de misionar. En cuatro meses —hasta agosto— habría habido tiempo suficiente para recopilar los datos obtenidos e ir con un conocimiento formal del medio ambiente. Se hubieran evitado los despistes y la desorientación primera.

Se hicieron dos mapas, uno de la diócesis de Barquisimeto y otro de la parroquia. Esta es una agrupación de 14 caseríos y dos barrios urbanos como núcleo principal. Se dividió el campo misional en seis Centros y otros tantos Equipos misioneros, agrupando desde 4 hasta 10 seminaristas. Dirigían cada equipo un seminarista como jefe y un sacerdote como asesor. Un "cronista" llevaba el diario de la Misión.

En marcha hacia una experiencia nueva

Un día antes los seminaristas estaban en el Seminario de Barquisimeto. La meditación y la misa enteramente apostólicas y muy cargadas de oración. Y cada novel misionero dispuesto a abrir su alma a los hombres. Después, una reunión para dar las últimas consignas, concretar algunos detalles y oír las palabras de Padre y Pastor del señor Obispo. Los equipos establecieron también los primeros contactos. Algo igualmente lamentable: era la primera vez que se veían muchos de los integrantes de los equipos. Un trabajo tan intencionadamente comunitario como éste no logra tan fácilmente igualar diferencias de criterio, de carácter... Pero... otra vez las exigencias del curso. Se ensayaron algunos cantos —el himno del Campo-Misión—, se revisó y distribuyó el material necesario, etc.

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, estábamos en la parroquia de la Valvanera. El himno y otros cantos misioneros fueron nuestro primer saludo. Una vigilia de oración en la iglesia para ofrecernos a Dios y a los hombres, y los equipos ya estaban en marcha hacia sus centros respectivos. De nuevo apareció

la alegría a veces segura, a veces nerviosa, como del que estrena gente nueva. Eran los cantos que acompañaba el acordeón, el cuatro, o la charrasca; el saludo gritón a los que se encontraba en el camino, como si quisiesen decir algo: o la inquietud apostólica o el nerviosismo de la primera entrevista.

Nuestra llegada fue sencilla, sin espectáculos. Tanto mejor; no queríamos ser recibidos como campeones, sino como hermanos que se abrazaron ayer, tan hijos de Dios los unos como los otros. La tarde del primer día se dedicó a repartir el periódico de la Misión, donde se les decía quiénes eran los seminaristas y qué les traían. Se abrió así la primera puerta a la simpatía y a la confianza. Para cerrar la jornada se tuvo la revisión de vida del equipo que sin interrupción se sucedería día a día durante toda la misión; a veces, con mucho sacrificio después de una agotadora tarea. Pero es imprescindible, para que nuestro actuar apostólico, mediante su enjuiciamiento evangélico, no adquiera otra dimensión que la divina. Los otros dos días siguientes se dedicaron a visitar a las familias: ninguna quedó sin recibir la visita del seminarista. Fue, sin duda, el mejor recurso apostólico. Vencida la primera extrañeza —muchos no habían tenido tan cerca a estos "pichones de cura"—, el seminarista, preguntando y observando por su cuenta, iba llenando la ficha socio-religiosa, que serviría para un conocimiento más real, aunque insuficiente, de las condiciones en que se encontraba cada familia.

En general, la Misión se llevó a través del contacto directo personal, familiar, profesional... aprovechando toda ocasión de encuentro con la gente y adoptando en lo posible su misma forma de vida. Fueron muchos los hombres que oyeron la Palabra de Dios en el mismo campo de trabajo, mientras el seminarista manejaba como ellos el machete o la escardilla.

Un acto central todas las noches

El encuentro con la comunidad empezó prácticamente el cuarto día de la Misión a través de actos generales. Para ello había que aprovechar las primeras horas de la noche, cuando los hombres volvían del trabajo. La Misión se dirigía especialmente a los hombres: con las mujeres y los niños se obtiene fácilmente el éxito.

Exceptuando el Viacrucis y dos o tres Rosarios seguidos de fogatas al estilo de campamento, la Misa fue de ordinario el acto central. La frialdad y hasta el rechazo que los seminaristas de algún Centro habían sufrido en las visitas a las familias volvía ahora a repetirse en la falta de asistencia a los primeros actos generales. A veces se tenía la impresión de que todo iba a acabar en una negativa absoluta a la Palabra de Dios. Como aquel día de la reunión con los hombres, cuando temíamos el mayor fracaso. Se rezó insistentemente. La oración salía como una necesidad espontánea de cada corazón. Cualquier ocasión era buena para susurrar al oído de Dios los nombres de los que nos rechazaban. Pero Él iría cediendo a nuestros ruegos. La reunión fue un éxito. Iban apareciendo caras nuevas en los actos de la noche. Y al fin la asistencia fue numerosa.

Los seminaristas discurrían todos los medios posibles para hacer participar activamente al pueblo en la misa. Desde las primeras horas de la tarde comen-

zaban los preparativos. Unos, a recorrer calle por calle del poblado invitando a los "hijos de Dios", a la "comunidad parroquial", al "pueblo de Dios", a los "hermanos en Cristo", a participar en la Eucaristía. Expresiones como éstas se repetían de continuo. Otros se dedicaban a preparar el comentario a la misa, a disponer el altar al aire libre, a recoger en casa del señor N. los frutos del campo que se presentarían como ofrenda en el ofertorio. Y el sacerdote, oyendo confesiones.

La misa de cara al pueblo y el sacerdote rodeado de los fieles era realmente la Cena de los hijos de Dios, sentados a la mesa del Padre. Se vivían escenas emocionantes cuando el pueblo dialogaba con el celebrante, cuando cantaba con tan inusitada espontaneidad. El núcleo central de la homilía y de toda nuestra predicación lo constituyó siempre la exposición de la Historia de la Salvación en sus líneas generales. Donde y cuandoquiera proclamásemos la Palabra de Dios, se procuró hacer sencillamente el anuncio misionero del Evangelio, como lo hicieron los apóstoles en su predicación kerigmática. En el ofertorio se hacía la presentación de ofrendas y la oración de los fieles. En la distribución de la comunión nos esperaban verdaderas sorpresas, verdaderos golpes de gracia: hoy se sentaba a la mesa del Padre el que días atrás nos había dado con la puerta en las narices, el que había decidido casarse por la Iglesia; mañana, el que no se confesaba desde que hizo la primera comunión o el viejo que la hacía en la misión o el que contaba los años de su última confesión por los que estuvo en la cárcel purgando algún crimen.

La misa ha terminado. Y había que aprovechar aquella reunión del pueblo de Dios para testimoniar la alegría de una vida que merece vivirse solamente por Cristo. Enseguida se organizaba una sencilla fiesta. "Vamos a demostrar a esta gente que no nos quema el diablo de la tristeza", decía un seminarista. Y nuestros muchachos se las ingeniaban para hacer reír a aquellos hombres con cara de tristes. Entre cantos, poesías, números escénicos y toda clase de bufonadas, aquel pueblo iba recibiendo un cristianismo hecho vida, de tú a tú con Dios y con los hombres. Aun a costa de hacer el payaso, pedíamos a Cristo que nos reservase un puesto serio en nuestra tarea de guardar para Él aquellas almas. Nos despedíamos hasta el día siguiente deseándonos la paz de Cristo.

Misa de difuntos y viacrucis

Una misa adquirió especial solemnidad y significación comunitaria: la celebrada por los difuntos de la parroquia. En el ofertorio y memento se leyeron los nombres de los familiares desaparecidos. La homilía versó sobre el sentido cristiano de la muerte.

El Viacrucis fue el otro acto de relieve de la misión. En nuestra predicación, el Viacrucis ofrecía una buena ocasión para exponer el tema central del Ministerio pascual en la muerte y resurrección de Cristo. Y hacer, al mismo tiempo, un llamado vehemente a la conversión.

Se había invitado a la gente a llevar antorchas; unos cuantos hombres se encargaron de construir una gran cruz que encabezaría la marcha. Recorrimos el trayecto desde las afueras del pueblo donde nos habíamos reunido hasta un monte cercano. Asistió la inmensa mayoría. En cada estación nos deteníamos y

un seminarista dirigía una breve predicación. La procesión ofrecía una escena impresionante. Solamente las antorchas, los cantos y el rumor del rezo rompían la oscuridad callada de esas noches perdidas en el campo. Al llegar al monte clavamos la cruz, que ha quedado como un testimonio vivo de la Palabra de Dios que predicamos.

Asamblea dominical

De antemano sabíamos que en la parroquia de la Valvanera existen caseríos donde el párroco no puede llegar sino algunas veces por año con motivo de las fiestas patronales o de alguna otra circunstancia religiosa. Otros, más visitados por el sacerdote, se ven privados de la misa dominical: el párroco no puede multiplicarse indefinidamente. ¿Por qué no elaborar una forma de culto dominical, una asamblea dominical que de alguna manera supla la falta de la misa? Fue lo que hicimos. Para que estos pueblos sean capaces de sentir la dimensión comunitaria de la Iglesia y se reconozcan miembros de ella. Para que participen siquiera en la proclamación litúrgica de la Palabra, ya que no pueden acercarse a la celebración eucarística por falta de ministro. Para hacer realidad este propósito era necesario buscar un jefe y un equipo de guías que le ayudarían en el encargo de dirigir la asamblea dominical. El jefe debía ser del lugar y con verdadero ascendiente dentro de su comunidad.

La celebración dominical, estructurada en forma de paraliturgia, se ensayó ya durante los días de la misión con buenos resultados. Sabemos que en algunos Centros los fieles han continuado asistiendo a ella. Ojalá se extienda por todos los lugares del país que no tienen sacerdote.

Despedida y manos llenas

"Os abrazamos a todos en Cristo y os deseamos que su gracia viva siempre en vosotros...", así fue nuestra despedida. Pero tuvimos la sensación de habernos amado mutuamente cuando se resbaló alguna lagrimilla. Así es mejor: porque "la vida apostólica es principalmente obra de amor". Habíamos entrado en sus vidas, habíamos escuchado sus dificultades, nos habían participado su alegría, les habíamos hablado como hermanos y ellos respondido también como hermanos, nos habíamos llamado igualmente hijos de Dios, habíamos sido el pueblo de Dios que firma la Alianza..., por eso el corazón se resistía a romper el puente humano que fue construyéndose solo en nuestro caminar juntos hacia Dios.

Y manos llenas como las del sembrador después de enterrar la semilla. Llenas de alegría por haberla sembrado y de esperanza en la abundante cosecha. Si midiésemos el éxito del Campo-Misión solamente por los matrimonios bendecidos, por los bautismos administrados, por las confesiones oídas, por las comuniones repartidas, por la asistencia a los actos generales, nos daríamos por "siervos buenos y fieles". Pero el anuncio misionero del evangelio y su respuesta consiguiente —la conversión, la "metanoia"— exigen un cambio de orientación total de la vida. Que Dios juzgue nuestro ministerio por la "fidelidad" y "audacia" con que hemos presentado su Palabra. Y que lo complete con su gracia. He aquí el verdadero éxito.